

DOCTRINAS FISIOLÓGICAS.

COROLARIOS MÉDICOS.

La Escuela secular no profesa el credo médico-científico.

I

Lo organismo humano es una colonia de individualidades zoonóticas que conciertan sus vidas formando una sola, la vida del conjunto; es un grupo de seres vivientes que engranan sus actividades causando así una sola actividad personal.

La vida del hombre, como la de todos los animales, se manifiesta á la Análisis Filosófica en un cambio incesante y continuo, sin detrimento de la personalidad, de la propia sustancia del individuo, por la de seres ó individuos que lo rodean; en un movimiento sin tregua de composición y descomposición que conserva á su persona, á expensas del medio que la circunda. Como la de todos los seres organizados, es pues, combate de elementos que buscan conservar su federación, grupo de esfuerzos que engendran un movimiento comunal.

Ese movimiento penelopeo que se verifica á la vez en todos los puntos del organismo, declara la misma análisis filosófica ser el propio que en el principio del individuo erige tejidos, forma aparatos y enlaza funciones, que después y mientras dura la existencia tiende á conservar al hombre cual lo formuló, y que en el curso de circunstancias morbosas, desenmaraña mecanismos, remueve obstáculos y aprovecha oportunidades, para volver al organismo á su ruta normal; movimiento de inmensa actividad que la ciencia llama, según los casos, *nutrición, fuerza evolutiva, supremo acto fisiológico, fuerza vital ó fuerza medicatriz.*

Vida, nutrición, fuerza vital y fuerza medicatriz, no son pues entidades sino abstracciones distintas del mismo movimiento, complejo en su manera y único en su destino, del propio resultado del conjunto de actos orgánicos que levantan, conservan, defienden y en su oportunidad propenden á encarrilar al movimiento federativo orgánico.

II

Causan la vida esencial y directamente la sangre y el sistema nervioso. En salud, como en enfermedad, como en tratamiento, son ellos los que engendran, cambian, mantienen ó modifican los movimientos *progresivo y regresivo* de la nutrición; los responsables de los dos actos sustanciales de la vida orgánica; la formación de los blastemas y la erección de las celdillas.

La sangre lleva á los órganos los materiales para que subsistan y recoge los elementos inútiles y los excretos para entregarlos á las vías de eliminación; la sangre suministra el contingente para que los zoonitas elaboren en la proporción conveniente albúmina, glicógena y grasa especialísimas que requiere la renovación orgánica; la sangre provee á los suborganismos de la atmósfera plasmática que necesitan para vivir tranquilos y contentos. No hay nutrición sin sangre; todo lo que vive procede de ese líquido.

Los nervios son los dueños de los organismos que los hospedan; centralizan su administración; intervienen en todos y cada uno de sus actos; revelan é intensifican las propiedades de sus tejidos y prestan á la materia organizada las variadísimas susceptibilidades que sus tejidos necesitan para los fenómenos vitales; los nervios se entienden hasta con el reparto de la sangre, hasta con las apetencias de los órganos, hasta con los dinamismos particulares, hasta con los pensamientos y con la voluntad. Todo órgano, todo aparato, como la organización entera, al sistema nervioso deben cuanto son y valen; por él hay funciones y engrane de funciones; por él autonomía de vida zoonítica y personalidad de conjunto; por él se siente, se quiere y se ama.

De los cuatro centros nerviosos humanos, la médula y el simpático son los especialmente encargados de la vida animal; aquella barre lo usado, suprime lo inútil, elimina lo inservible; el último cuida de que los órganos se alimenten, acude con los componentes preciosos de los blastemas; da tiempo á las celdillas de formarse y á los tejidos de asimilárselas y erigirse; aquella desasimila, gasta y pulimenta; el simpático edifica, sostiene y vigoriza. Los intersticiales de los órganos sirven á la vez á los dos antagonistas según que alternadamente los mandan la médula por los filamentos vasomotores dilatadores ó el simpático por los vasomotores restrictores.

En todos los puntos del organismo se ve al simpático acompañando á la circulación y siguiendo á los vasos hasta sus últimas ramificaciones, hasta la intimidad de los tejidos, en todo lugar oponiéndose á la rapacidad de la médula, en donde quiera suavizando sus ímpetus y calmando sus trasportes, siempre cuidando á los órganos que están bajo su tutela.

Si se galvanizan los filamentos cardíacos del simpático, los movimientos del corazón se aceleran; si se galvaniza el neumogástrico en la región cervical, los movimientos del corazón disminuyen; si se galvaniza el nervio vago, el corazón cesa de latir; si se suspende el influjo del neumogástrico sobre el corazón, éste comienza á galopar. El gran simpático provoca, entonces, al corazón á contraerse y el neumogástrico á reposar; el corazón entre esas sollicitaciones antagonistas que se disputan su dominio se encuentra en incesante actividad, sístole y diástole. El gran simpático mueve, entonces, al péndulo vital manteniendo por su lucha con la médula el constante bombeo de la sangre á los órganos; el simpático garantiza así el curso mesurado y rítmico de la sangre por la gran circulación al organismo entero.

Si se paresia ó mata al simpático, el tejido celular se llena de linfa y la piel se cubre de sudor y la sensibilidad se hace más viva y las comisuras se juntan y los orificios naturales se estrechan; si se suprime el simpático la sangre se agolpa, la desnutrición se apodera del órgano desamparado y los fenómenos de reparación orgánica se hacen insuficientes para contrarrestar la ruina de los órganos. Si se excita ó deprime al simpático, la circulación de los capilares autonómicos cambia la manera de funcionar del órgano.

La médula y el simpático por sus filamentos son ubicuos, ellos causan las funciones en todos los territorios y departamentos orgánicos; dan el estira y afloja que mantiene el movimiento del órgano, son la cuerda y el pelo del reloj de la vida.

Las oscilaciones se verifican propiamente en el seno de las entrañas y al simpático se deben; la respiración y la nutrición de los órganos también pasa en el seno de los órganos y son causadas por el simpático haciendo que por determinado tiempo sea propiedad de los zoonitas cierta cantidad de sangre, para lo cual cierra, si tal puede decirse, sus fauces á la circulación anastomótica. La médula, el gran centro nervioso animal se ocupa en tanto en todas partes del organismo, de los más arduos negocios de él, como son adecuar incesantemente en provecho de la personalidad el curso natural de las leyes físico-químicas ordinarias, guarecer el

recinto de su soberanía de todo agente capaz de dañarlo, conseguir que su administración se halle en buenas relaciones con los medios vitales externos, acumular incesante actividad en todos los nervios que desfallecen, engranar las actividades de los órganos para que den un mecanismo personal, traducir impresiones en los nervios especiales respondiendo con movimientos propios á cada una de ellas y cooperar con el simpático á conservar la vida.

La vida es un movimiento nervioso que fomenta la sangre; los nervios y los vasos la razonan, la causan y sostienen.

III

Para concertar negocios con la vida humana, para influir sobre ella, son entonces, indispensables los nervios y los vasos; para hierla, para comoverla, para minarla, es necesario que intervengan los nervios y los vasos; para volverla á sus quicios, para robustecerla son también imprescindibles los nervios y los vasos.

Excitación que no pasa la esfera autonómica de un órgano, extravío que no influye más allá de la área de un tejido, modificación que no compromete más que los actos de un grupo de elementos, no son tropiezos para la vida general, no la conmueven ni la comprometen. Las propensiones morbosas y la enfermedad deben contar con los nervios y con los vasos si quieren merecer su nombre.

Cuando la médula contrapesa debidamente al simpático sin consentirlo ni aturrullarlo y por tal motivo los blastemas cumplen debidamente sus cometidos, entonces trabajan los órganos al unísono vigorosos y contentos y hay salud; la vida marcha por su carril natural. Cuando el equilibrado antagonismo de los dos motores vitales defecciona ó pierde el compás y el sistema ganglionario vencido, permite que sangre inconveniente riegue los órganos gastando los resortes de la vida, entonces ésta, aparece con modalidades insanas y se exhiben los grupos de síntomas morbosos que se han llamado enfermedades.

Lo ha comprobado á saciedad el Método Experimental y algunos ejemplos van á esclarecerlo.

Se han hecho funcionar causas depresivas constantes sobre el sistema nervioso humano y se le ha visto descender peldaño á peldaño la escala orgánica hasta adquirir idiosincrasias correspondientes á los animales

inferiores y quien dice idiosincrasias dice propensiones morbosas que el más ligero trastorno, que el motivo al parecer más fútil puede transformar en enfermedades. Se ha hecho permanecer á un animal en abstinencia por largo tiempo ó se le ha hecho prolongadamente sufrir y se observó que su nutrición ya no era enérgica y que su sangre se había hecho venenosa hasta causar la muerte á individuos de su clase, sanos, á quienes se inyectara. Se hizo disminuir duraderamente el movimiento nutritivo y se presentó desde su nacimiento la miseria fisiológica hasta la escrofulosis y los tubérculos. Se ha hecho perdurar poco enérgica la circulación para que los elementos de los tejidos se cambiasen con pereza y para que el líquido sanguíneo no se depurara sino difícilmente de los excretos orgánicos y se advirtió que la sangre había adquirido propiedades sépticas y que de su seno surgían venenos subjetivos capaces de ir á trasplantarse como en terreno fértil en organizaciones gastadas. Se han sostenido ciertas perturbaciones circulatorias en los capilares nutritivos y se pudieron notar á poco estasis sanguíneos, tumultos globulares, compresión y muerte de hemacias y fuga de leucócitos á través de las paredes de los vasos, leucócitos que en tejidos extraños sirvieron de gérmenes patológicos. Se ha conservado por cierto lapso de tiempo alterada la composición química de la sangre y se notó que se destruían los epitelios, que descarriaban las secreciones, ó bien que las celdillas de generación nueva surgían con propensiones anormales para domiciliar diátesis ó abocarse con la muerte.

Pues bien, todo esto y algo más que esto, se ha podido conseguir con solo obrar mecánicamente sobre los antagonistas vitales. Se ha cortado el gran simpático en animal previamente debilitado, y se vió acudir la pleuresía purulenta con todo su cortejo de síntomas. Se suprimió el influjo nervioso en un hueso ó músculo sanos y á poco sobrevinieron el raquitismo ó la degeneración grasosa de los tejidos afectados, con todos sus pormenores. Se excitó el neumogástrico y se produjeron tos, disnea y secreción brónquica. Se irritó el plexo solar y se organizaron según los casos, diarrea ó disenteria, y hasta peritonitis con todas y cada una de las lesiones anatómicas que les son consiguientes. Se paresió el simpático y se engendró calentura. Se hizo estacionar la calentura y se engendraron flogosis variadas, especialmente del pulmón ó del hígado, con todos los productos que en esas lesiones presenta la anatomía patológica. Se excitaron ciertos puntos de la médula y apareció, según el sitio herido, albuminuria, diabetes ó poliuria. Se destruyó el ganglio cervical del simpático y se vieron acudir, según las circunstancias, encefalitis, reblandecimiento ce-

rebral ó derrames serosos. Se interrumpió la acción unilateral de la médula, y á poco apareció efímera anestesia. Se excitaron durante esa anestesia los miembros desamparados y apareció la fiebre, el tétanos ó la epilepsía. Casi todas las enfermedades que presenta la clínica, ha dicho Claudio Bernard, han podido parodiarse con solo cambiar, con solo conmover directamente ó por intermedio de agentes mecánicos externos ó internos el mecanismo nervioso que constituye la vida.

Puede asegurarse entonces que hemos llegado á la gran aspiración de la ciencia moderna, á reducir todos los hechos orgánicos á uno sólo, al movimiento vital, cuyo porqué se nos escapa, pero cuyos variadísimos fenómenos se nos ostentan; que hemos adquirido la teoría mecánica de la vida, en que todo se reduce á materia y movimiento, causando en el organismo como en el Cosmos todas las maravillas que admiramos.

IV

La enfermedad no es, pues, una persona, ni siquiera una función accidental sustituida á otra normal; es alteración del dinamismo general de la vida, desviación de la nutrición de su senda hígida, perturbación del equilibrio nervioso, exageración, defecto ó perversión del movimiento fisiológico.

Para que haya enfermedad, es preciso que se conturbe, que se conmueva la vida, que claudique el sistema nervioso á instigación ó en complicidad con la sangre, y esa conmoción de la vida, esa claudicación del sistema nervioso, es la enfermedad.

La federación orgánica puede caer muerta por falta ó inutilidad de un zoonita que le sea indispensable; no hubo enfermedad si la vida sucumbió sin conmoverse, si desapareció aplastada pero no vencida; agentes capaces de matar, no son siempre morbosos; la muerte no siempre es el epílogo de la enfermedad.

Razón tuvo el gran fisiologista francés para definir la enfermedad, desorden orgánico cuya existencia se manifiesta por fenómenos que *resuenan sobre la totalidad del organismo*; razón también tuvo Littré para declararla *una reacción de la vida* y Dejardin una alteración *de las funciones de la vitalidad*. Es indispensable que haya conmoción en el movimiento nutritivo para que haya enfermedad, ó de otro modo, esa conmoción es la enferme-

dad. Las operaciones más terribles, los desórdenes más graves, la ovariectomía, la keloctomía y la histerotomía, si no dan lugar á síntomas vasculo-nerviosos, si no se acompañan de calentura, si no conmueven el movimiento vital, no son enfermedades.

Y el trastorno vital puede ser brusco y comprometer brevemente el mecanismo de la vida, ó al contrario, puede prepararse con lentitud ó en complicidad ó por iniciativa de agentes que minen poco á poco la liga federativa orgánica susceptible insensiblemente al gran nervio vital. El ataque rudo, brusco, violento al organismo es tempestuoso y se llama enfermedad aguda; el ataque solapado y traidor es de poco aparato en su principio y secuela, y solo terrible cuando logró conmover la vida en sus cimientos; se llama enfermedad crónica.

En ambas hay por conclusión, manifestaciones vasculo-nerviosas; pero las primeras se constituyen por síntomas paralíticos inmediatos del gran nervio orgánico. En ellas la postración del simpático y los estragos orgánicos se miden en grados en el termómetro, mientras en las crónicas de sangre se encarga de ir desvirtuando poco á poco los blastemas, y éstos de ir robando insensiblemente el vigor al simpático y éste de ir de manera segura orillando á la disolución del organismo.

Enfermedades en general significan derrota de la inervación de la vida orgánica, las agudas con sorpresa y lucha, las crónicas con calma y soborno. Abandonadas á su suerte aquellas, recorren fases de destrucción variables y, ó por haberlas recorrido bruscamente y cuando menos se espera terminan con la muerte, ó con algún movimiento natural que restablece el orden normal; las crónicas, ó establecen un *modus vivendi* orgánico compatible con nutrición azarosa, ó se vuelven agudas para curarse ó causar la muerte.

La paresia rápida del simpático ó sea la calentura, caracteriza entonces á la enfermedad aguda; esencial ó sintomática, continua ó periódica, específica ó simple, significa siempre una asthenia por causa variada de los vasomotores constrictores y no cede mientras esa parálisis no se quita.

En la enfermedad aguda, por tanto, el fenómeno sustancial es la parálisis del simpático, la fiebre, la postración vital violenta. Y con efecto, son los débiles los más propensos á contraerla, y las causas debilitantes las que más predisponen á adquirirla.

En las enfermedades agudas, la enfermedad, y por tanto el peligro está pues en la calentura que es justamente lo que las constituye; si de las pirexias é inflamaciones se suprime la calentura, puede conceptuarse

terminada la enfermedad, ó cuando menos completamente desnaturalizado el trastorno orgánico, y con las garras limadas la afección. Obsérvase que las fiebres eruptivas evolucionan y terminan felizmente sin la calentura, trasformándose en erupciones sin importancia.

Y hay fiebres que no pasan de tales, que no se localizan, cuyos estragos no puede fijar la necropsia; y hay localizaciones sin fiebre ó de las que la fiebre ha podido suprimirse, bien por la naturaleza misma, bien con solo cortar los ramos del simpático que animan los tejidos enfermos, ó bien con solo robustecer la acción del nervio de la vida orgánica.

Malamente, y sin lógica, se ha concertado en la enfermedad aguda, calentura con lesión; una y otra pueden existir separadamente; la enfermedad no está en los productos anatómo-patológicos, sino en la perversión del movimiento nutritivo.

V

Lo primero que se nota en toda enfermedad son síntomas funcionales ó sean manifestaciones dinámicas; los síntomas de lesiones son posteriores cuando ya los dinamismos en el curso de su viciosa senda gastaron los resortes de la vida y comprometieron notablemente la genuina composición de los blastemas y mistificaron los elementos.

Es verdad que la materia y la fuerza son correlativas; lo es que la materia no por ser organizada deja de ser materia; y lo es que las propiedades de la materia le inheren ineludiblemente. Si las funciones se ostentan alteradas, es de suponer que su *subtractum*, ya blastemas ó ya tejidos se alteraron antes, ó á la vez que ellas; que la lesión orgánica precedió, ó cuando menos es coetánea á la alteración funcional; que lesiones previas ó sincrónicas á las funcionales existen en los blastemas ó tejidos que ocasionan ó son el *subtractum* de la función; pero trastornos de los aludidos, sólo pueden sorprenderse y esto en ocasiones determinadas por una química exquisita de laboratorio como la que puso en claro que en general la muerte por enfermedad proviene del agotamiento de la glicógena en el organismo y que individuos que padecen sin que la tosca anatomía patológica razone sus muertes, sucumbieron comunmente porque en sus músculos ni demás tejidos había átomo alguno de azúcar; pero lesiones de tejido de esa clase, precursoras ó concomitantes á las funcionales, no son observables al más minucioso examen del enfermo. Delante de la clínica solo

se ostentan dinamismos morbosos, dinamismos que si perduran hacen atravesar á los tejidos, según los casos y condiciones, por lesiones diferentes que los atacan de muerte.

En esto, por lo demás, se parecen las funciones morbosas á las normales; indudablemente que el hambre, la sed, etc., son determinadas por impresiones nerviosas causadas por blastemas que se modifican; pero á los ojos del fisiologista está absolutamente velado lo que pasa en ellos; solo se ostenta la función, solo es observable el dinamismo.

Pero la calentura que constituye la enfermedad aguda es capaz por sí sola, por su sola permanencia en el organismo, de causar lesiones anatómicas; no es preciso nuevo factor para explicar éstas. Lo dice la experimentación en sus casos positivo y negativo.

El hecho más común, un resfrío. Un cuerpo que exhala libremente, es de súbito impresionado por el frío; el simpático se excita por la presencia del agente físico; los poros en extensión variable de piel se estrechan; en consecuencia los excretos que antes corrían á eliminarse se detienen; la sangre es repelida á las entrañas; los sensitivos medulares llevan impresiones que vuelven traducidas en movimiento trepidatorio del calofrío; es el primer período de la fiebre, la sideración nerviosa. Después y á seguir la fiebre comienza una serie morbosa. El simpático excitado por sorpresa, se relaja; la circulación en toda la área de languidez de ese nervio se desenfrena, primero en los capilares nutritivos, y luego en los anastomóticos; el movimiento circulatorio se hace más violento, y con él se abre la principal fuente de calor orgánico; la sangre acude en abundancia á los parenquimas de los zoonitas; las combustiones por consecuencia son mayores y con ellas sube el calor morbozo; los residuos que por la propia causa son excesivos, vagan como cuerpos extraños; la médula sin vigilante, saquea; caen innumerables hemacias heridas de muerte y sus despojos, ó se detienen inertes en el fondo de los vasillos obstruídos, ó van á servir de embolias en los capilares de otros órganos distantes, muy especialmente de los más vasculares, de las glándulas sanguíneas, verdaderas esponjas de sangre, pulmón, hígado, cerebro y bazo; allí dificultan la circulación y propagan el incendio; los sensitivos, siempre alerta, acuden á la médula por movimientos apropiados, y los motores entregan ansia, tos, disnea, dolor, etc. En tales circunstancias si un movimiento eliminatorio profuso y rápido, si un valiente esfuerzo del humillado simpático no vuelve al orden al movimiento nutritivo, se agotan las reservas de glicógeno, y con ellas el pábulo de la vida, ó se extingue la sensibilidad y con ella

la federación orgánica de que es el secreto, ó se destruyen los órganos porque la física y la química inorgánicas intervienen en la contienda.

Las grandes flogosis así nacen; son hijas de la calentura, son fiebres con localización; los productos anatómo-patológicos son posteriores á los trastornos dinámicos; son éstos los que los engendran, los que urden los grandes procesos viscerales.

La intensidad de la enfermedad aguda se mide por la intensidad de la calentura, es decir, por la debilidad de la vida orgánica; esa intensidad nunca está en relación con la lesión anatómo-patológica, ni cuando la acompaña, y sí siempre con la susceptibilidad nerviosa y con la calidad de la sangre que es el excitante interno de esa susceptibilidad. Si los sensitivos no llegan á afectarse, si el trastorno permanece ó se hace local, la circulación y la absorción combinadas, primero excesivas, y luego normales, terminan la afección tanto más de prisa cuanto el vigor nutritivo individual es mayor.

VI

Una enfermedad no puede apreciarse ni revelarse sino por los sentidos; nuestro cerebro no dispone de otros recursos para apreciar ni para manifestar; tenemos que decir lo que sentimos, palpamos, vemos, olamos ó gustamos, y el médico no puede apreciar también sino lo que palpa, ve, huele, gusta y oye. Y pues que en las enfermedades no hay al principio sino la vitalidad perturbada y son posteriores las lesiones anatómo-patológicas; y pues que de la perturbación vital, como de las lesiones anatómo-patológicas no se puede adquirir conocimiento sino por las manifestaciones que derivan de los sentidos que son precisamente en el caso de enfermedad, los síntomas, la medicina no puede ser sino sintomática. Conjunto y serie de síntomas es la enfermedad; al tratar una enfermedad el médico solo tiene que habérselas dispersos ó conjugados, conexos ó inconexos, siempre son síntomas; sin síntomas la enfermedad desaparece; sin síntomas ignoraríamos que hubo enfermedad.

Los síntomas, estos sí deben solo servir para investigar el cómo de los trastornos, el agente dinámico que los engendra y de qué manera. En los síntomas se pauta el motivo, la razón del tratamiento; si algún síntoma es por sí solo bastante para denunciar la función que sufre ó el tejido que peligra, tanto mejor, más restringida y eficaz debe ser la terapéutica.

VII

Y pues que al principio de una enfermedad no se tienen más que síntomas funcionales, y pues que, como bien dice Chomel, la enfermedad es "Un cambio en la acción de los órganos, cambio íntimo que *precede y produce* las alteraciones de los tejidos" al principio de una enfermedad, no hay más diagnóstico posible que el diagnóstico de alteraciones funcionales. El diagnóstico de lesiones anatómicas ó sea el diagnóstico anatomo-patológico solo puede formarse más tarde, cuando la enfermedad por haber entrado en período orgánico recorre un ciclo, ó cuando entronizada, sus estragos en los tejidos son manifiestos.

El diagnóstico de los síntomas funcionales es la expresión, la teoría científica de los síntomas funcionales; el diagnóstico de las lesiones orgánicas debería ser la expresión, la teoría científica de los síntomas orgánicos.

Considerado así este diagnóstico, tanto él como el dinámico de síntomas funcionales, son científicos y correctos aunque no igualmente oportunos. Pero el diagnóstico orgánico no ha sido considerado como queda dicho, sino de manera diferente y por demás arbitraria. La homeopatía traza con los signos que observa en un caso morbozo retrato al que da nombre; en seguida busca en las patogénesis de sus medicamentos un parecido, lo más parecido posible, y luego..... da el nombre del medicamento con unos glóbulos de azúcar de leche, dizque para curar la enfermedad. La Escuela Secular congrega los síntomas del caso morbozo y busca entre los conexos clásicos consagrados, nombre que pueda convenirle; en seguida le adecúa un tratamiento que preparará con antelación.

El diagnóstico fisiológico en el principio de la enfermedad, ó en cualquiera otra de sus épocas, tiene que ejercitarse sobre síntomas; ningún verdadero diagnóstico puede ser sino sintomático. El dolor, dice Spring, (*Sintomatologie. Traité des accidents morbides*) el espasmo, la parálisis, todas las enfermedades de los nervios ¿son conocidas aún de la medicina rigurosamente científica de otro modo que como accidentes funcionales? ¿Y en las enfermedades crónicas incurables en su mayor parte, qué queda que hacer aún al médico más sabio sino intentar que sean llenadas las indicaciones sintomáticas?

El diagnóstico fisiológico supone profundos conocimientos fisiológicos en las propiedades de los tejidos, en las funciones de los órganos y en la trabazón de los dinamismos; el anatomo-patológico, como se usa, solo

requiere sentidos sanos y habituados y listas de síntomas formadas por médicos naturalistas. El diagnóstico fisiológico es el diagnóstico de la ciencia que interpreta fielmente y en acuerdo con el método experimental lo que acontece en la organización. El diagnóstico anatomo-patológico que se emplea generalmente, es el diagnóstico de la rutina, que congrega lo que ha visto congregado, como lo ha visto congregado, es el diagnóstico del curandero que apunta y lleva nota para ver si falta ó sobra algo en su lista clásica para después consultar á otra lista en serie de medicamentos y aplicarla.

El diagnóstico fisiológico es el único que cumple lo que ofrece, que revela lo que se le pregunta, y que conexas hasta lo al parecer discordante; el anatomo-patológico en boga, no sirve para su objeto, ni merece su nombre; revela no la enfermedad, sino trastornos á ella posteriores, denuncia solo descuidos ó impotencias, comprueba no más derrotas, que no se supo, que no se pudo ó que no se quiso evitar.

Los que denuestran el diagnóstico fisiológico en los albores de una enfermedad, ni idea tienen de él, ni lo comprenden; si solo se ejercita en síntomas funcionales, es que solo esos encuentra, pero importantísimos para la ocasión. Si esos síntomas son comunes á muchas enfermedades, por el hecho de destruirlos, ninguno de ellos aparecerá, que es el objetivo. Antes de que acuda la lesión orgánica, antes de que la fiebre salga de los nervios para invadir los vasos ó de éstos para atacar á los órganos, antes de que á la paresia del antagonista orgánico suceda el trastorno circulatorio y luego el trófico, no hay más que síntomas de funciones; sobre ellos imprescindiblemente tiene que fijarse el diagnóstico ó hay que abandonar al enfermo á que se apoderen de él las lesiones orgánicas, y dificulten ó imposibiliten después su curación.

VIII

El médico lo es para curar; importa pues, y mucho que conozca la enfermedad para aplastarla, para anonadarla, cuanto antes mejor. Y para conocerla le basta en todo tiempo, aunque no con la misma oportunidad, el diagnóstico fisiológico.

La anatomía patológica ha sido útil solamente para alumbrar la anatomía normal como la patología para alumbrar la fisiología; la medicina por tener que conducir al estado hígido, necesario es que lo conozca, así

en el tejido como en las funciones. La anatomía patológica ha sido utilísima para dirigir al cirujano en sus investigaciones diagnósticas para los tratamientos quirúrgicos; el estudio de las lesiones cerebrales condujo á la trepanación, el de las pulmonares á la paracentesis, el de los tumores abdominales á la laparotomía y el de otras muy variadas lesiones á operaciones y procedimientos que han hecho la gloria de ilustres cirujanos.

Pero la anatomía patológica en medicina sólo ha servido para desorientar á la clínica de su verdadero objetivo, llevándola no á las enfermedades sino á sus consecuencias, y para hacer perder la brújula á la terapéutica conduciéndola por extraviado sendero hacia trastornos que generalmente no puede vencer.

La anatomía patológica, propiamente hablando, nada tiene que hacer con el arte de curar; nunca estableció la verdad patológica porque jamás analizó enfermedades sino trofeos morbosos.

La anatomía patológica si bien se medita es bagaje lógico de los médicos expectantes que no persuadidos de que solo proveer es saber, y solo saber es poder, se conformaron con asistir á los caprichos de una naturaleza viciada que mata á los enfermos; es adecuado galardón de los empíricos que no penetrados de lo que pasa en el organismo que cuidan, metieron dentro de él enigmas, como otros antes que ellos, y se encuentran en la necropsia con resultados también enigmáticos; es digno triunfo para los naturalistas que registran en las entrañas humanas, como los geólogos en las del planeta, ó bien pretenden comprobar que pronosticaran bien en el aspecto, consistencia y tamaño de las lesiones, y es digna recompensa para los organicistas que enseñan cómo la enfermedad tuvo sus productos morbosos y contemplan los destrozos de clásicas y aparatosas convulsiones vitales.

La anatomía patológica ni con las autopsias ha alumbrado siempre á la medicina. ¿Cuándo, por el examen cadavérico pudo explicar suficientemente la muerte por viciación de los blastemas ó por la interrupción de actividad de ciertos órganos importantes ó por conmociones bruscas de la sensibilidad ó por ciertos envenenamientos cuya serie de accidentes, como los demás nombrados ó no dejan huellas, ó apenas si dejan rastro? Las autopsias comunmente han servido para demostrar el propio saber, digo, la atingencia de algunos vaticinios de médicos naturalistas y aun para estos la mayor parte de veces lo demostró en manos de sus autores. Cuando las autopsias se hicieron como en Alemania por los Profesores de las clínicas en cadáveres de enfermos de los hospitales, con frecuencia fracasaron los pronósticos precipitados.

Hay que persuadirse, la anatomía patológica es la ciencia del diagnóstico fúnebre; ella, como su diagnóstico sólo sirven para los médicos verdaderamente tales, como epígrafes de arrepentimiento por los desórdenes que pudieron evitar, pero están fuera de la medicina porque nuestros órganos no son piezas que se reponen ó refaccionan; cualquiera diría que los partidarios de la anatomía patológica no miran la cama sino el anfiteatro, que hacen consistir toda su grandeza en precisar hasta en milímetros más ó menos la área del hígado, del bazo ó del corazón, á pesar de cuya precisión en numerosas necropsias no han podido precisar la causa del mal y sí desperdiciaron la oportunidad de curarlo; que como el Toinette de Molière desdeñaron las enfermedades ordinarias buscando buenas fiebres continuas, soberbias pleuresías, copiosos derrames pleurales, etc. Se les ve cuando menos, complacidos, transfigurados, ante sus pronósticos constantes en los cadáveres.

IX

La oportunidad del tratamiento es decisiva cuando se intenta curar *ocatio præceps*.

En higiene, como en cirugía, como en medicina, esperar es nocivo; tuvo razón el poeta latino: *Principiis obsta; sero medicina paratur, cum mala per longas invalere moras*; hay que obrar á tiempo si se busca el acierto.

La medicina moderna es ya una verdadera ciencia de aplicación; sabe y por tanto puede prever y anticiparse á trastornos orgánicos que á juzgar por la observación no siempre le es dable extinguir.

Los que aun hoy suponen que la medicina es sólo un arte, sobre asentar un crasísimo error, sin pensarlo tal vez, se declaran rutineros, porque arte sin ciencia es rutina, es marchar sin brújula, sin derrotero, es obrar á tientas y sin justificación.

Por otra parte, la medicina no es para los médicos, sino para los enfermos; está bien que el médico viva del ejercicio de su profesión (que ojalá y pudiera pasársela sin él), pero que los enfermos mueran pudiendo salvarse es intolerable; y en una enfermedad aguda, cada día, cada hora, cada momento, puede abrirse para el enfermo la puerta de la eterna noche.

Es pues preciso acudir, cuanto más antes mejor. En el principio de las enfermedades, en el período dinámico, la curación es muy alcanzable;

en el segundo ú orgánico es aventurado y difícil. En las primeras manifestaciones morbosas, en las alteraciones meramente funcionales de la enfermedad, es allí donde se despliega con todo su esplendor el poder del médico, es allí donde están los más expeditivos triunfos del arte de curar.

Vacher expresa esta doctrina en la "Tribune Medicale" con bastante claridad: "La lesión orgánica, dice, es el resultado de la enfermedad y no la enfermedad, así en las afecciones agudas como en las crónicas; en unas como en otras comienza por la menor turbación funcional ó vital que estalla y termina frecuentemente por la lesión orgánica; la lesión orgánica es el término natural si el médico no interviene á tiempo; tratando la lesión orgánica, no se trata más que la segunda mitad de la enfermedad; esperando á que las lesiones orgánicas se extiendan, es lo mismo que si un hombre esperara á que el incendio estuviera claramente manifestado por el destrozo de una parte del edificio para hacer maniobrar sus bombas en lugar de hacerlo apenas se hizo constar la primera centella que no dejara duda sobre lo que inevitablemente tiene que suceder, si no se acude inmediatamente.

¿Se alega que al principio de las enfermedades el enemigo es pequeño? Tanto mejor, no hay derecho para dejarlo crecer y agigantarse. No tratar convenientemente el primer período de la enfermedad ó esperar el segundo, solo para tener el gusto de imponerle nombre retumbante y clásico, es exponerse á luchar sin ventajas positivas, exponiendo al enfermo á grave peligro y exponiéndose el mismo médico á cometer un homicidio por omisión.

Al enfermo le importa más que lo salven que el que le digan que tiene un corazón de cinco libras y un hígado con tres litros de pus, y además el conocimiento de ese hígado y de ese corazón no esclarecen, cómo se formaron las enfermedades que los produjeron, y cómo se remediarán, que podría ser siquiera para otros casos, ventajoso.

Cuando una enfermedad atravesó el período dinámico, cuando por ese hecho comienza un ciclo (serie de fenómenos que recorre la enfermedad en su entronizamiento del organismo y no como se ha supuesto plan irrevocable, senda infalible, órbita fatal de toda enfermedad aguda), cuando el tejido orgánico se destruye, ó sustituye por otro homeomórfico ó heteromórfico, cuando el diagnóstico orgánico se ha perfectamente confirmado, tanto peor para el enfermo, la enfermedad ya se arraigó, ya no está en la función, se ha posesionado del organismo; la intervención médica puede estar de sobra y ser el museo anatomo-patológico el que reclame la pieza para los estantes donde se exhiben los *bellos casos*.

No hay pues que esperar á los trastornos orgánicos, sino curar las enfermedades apenas se avisten, apenas se asomen; conducta opuesta es impropia del médico y atentatoria al enfermo.

X

Señores Académicos: estoy enteramente persuadido porque conozco vuestras tendencias progresistas, de que después de haber oído leer las palmarias verdades que compila este escrito, verdades científicas puesto que se han templado en el método experimental, os parecerá increíble que haya quien no las acepte, y algo más, quien las rechace como infundadas y heréticas, y sin embargo, triste es decirlo, una escuela médica, la Escuela Secular, la escuela tradicional, renegando de las enseñanzas del divino anciano de Cos, profesora y sostiene todo lo contrario. Para ella no hay más diagnóstico que el anatomo-patológico imperfecto; para ella la enfermedad está en la lesión orgánica; para ella mientras ésta no se ostenta, combatir terapéuticamente, sería combatir en ciego y sin juicio. Ella no se preocupa tanto de curar cuanto de diagnosticar y de que sus diagnósticos orgánicos salgan exactos, y se confirmen aunque sea en las planchas del anfiteatro; para ella no es prestigioso ni científico diagnosticar sintomáticamente; sus tratamientos son prevenidos, anticipados, pautados, lo mismo que si tuviera que habérselas con personalidades morbosas. Ella por fin, enseña todo esto y el culto á la anatomía patológica.

Suponeis que exagero ó que calumnio? Voy á demostraros mis asertos con testimonios irrecusables, no de detractores sino de bayardos de la escuela á que aludo y emplearé pocas citas para no fatigar vuestra ya sufrida atención. Pidoux dice: "La escuela no quiere esta doctrina (prevenir las lesiones) que sólo prácticos independientes cuyo pedestal no está formado, cuyo amor propio de autor ó de profesor no está constituido, han comprendido y adoptan." Germán See en su lección inaugural de 1878: "La escuela se preocupa mucho del diagnóstico anatomo-patológico y no de su verdadero objeto que es curar." Gourand, catedrático de clínica en París (1843), es deplorable como una grande desgracia, esa manía de localización nacida de sólo el cultivo de la anatomía patológica que sólo mira á los órganos alterados y no á los órganos en sí mismos, esa tendencia á transformar á la medicina en historia natural en vez de conservarle su carácter de arte y sacerdocio, ese deseo de buscar bellas piezas anatómicas para colo-

carlas en bocales bien arreglados y etiquetados, en vez de encarnizarse (s'acharner) en curar á los enfermos en todas sus fases bonancibles ó malas de sufrimiento. Amadeo Latour: La medicina ha extraviado su camino, ha perdido de vista su fin, su noble fin, curar. El Dr. Jaumes: á tomar la lesión de órganos por parte esencial de la patología, á ser ella la que suministre las principales indicaciones, el campo de la terapéutica se estrecha. Antes, todo lo que pertenecía á la enfermedad, de cerca ó de lejos, la lesión anatómica inclusa, podía servir para determinar los caracteres y por tanto las indicaciones y el remedio; ahora la parte material es antes que todo, es la sola por donde se puede alumbrarse. ¿Qué hacer entonces, en presencia de enfermedad cuyo elemento anatómico es inapreciable y secundario? Peter (Soc. de Med. de París, sesión de 22 de Agosto de 1874). Hay una tendencia en la medicina de nuestra época, tendencia deplorable, establecer conexiones ya hechas, y sobre todo sistemáticamente, entre la enfermedad y el medicamento. Sífilis—mercurio. Enfermedades cardíacas—digital. No hay ciencia entonces; es una convención ya hecha, sistemática, estereotipada; es el triunfo de la rutina.

¿Lo habeis oído? Pues ahora escuchad este raciocinio que me parece incontestable:

Credo científico es un sumario de verdades conquistadas por la Análisis Filosófica; el credo científico compila lo demostrado, lo explicado, lo que la Filosofía alcanzó para una ciencia.

En medicina, el credo científico debe ser, sumario de verdades fundamentales de donde deriva todo raciocinio que á curación se refiera; conjunto de verdades rudimentarias en que la terapéutica se apoye; serie de máximas que gobierne el tratamiento de las enfermedades; grupo de reglas para curar á los enfermos; conjunto de proposiciones incontrovertibles que dibujen la manera de reconquistar la salud; serie de axiomas que marquen el sendero que debe recorrer todo tratamiento facultativo.

La medicina no puede intervenir sin atrevimiento si no cuenta antes con un credo que la dirija como hilo de Teseo, que sea su fanal en las arriesgadas empresas que tiene que acometer en las oscuridades del organismo.

Credos médicos variados adoptó la medicina en su escuela tradicional, pero fueron hijos de los sistemas y de las hipótesis y deleznable como ellas. A la llegada del credo científico, deben desaparecer, con más razón si se ha comprobado que fueron atentatorios.

Credo científico en medicina no hay más que uno, el que dictara el Método Experimental, aquel de que algunos axiomas he relatado ya.

Es la naturaleza la única que debe ser interpelada si se quiere encontrar la verdad. Los hombres y sus escritos, dice Dupuis, no deben ser consultados sino después de ella ni escuchados sino en tanto que hablen como ella. Cuando la naturaleza y los hombres, hablan idéntico idioma, se puede asegurar que tienen la verdad; pero en caso de divergencia es primero la naturaleza.

Ahora bien, se acaba de oír algo del credo de la escuela secular y él no solamente difiere sino que es antagónico del que declara la experimentación.

Razón hay para concluir que: *la escuela secular no profesa el credo médico-científico.*

Y no es lo peor; aquí, aquí mismo en México un grupo de jóvenes, de esos que como bien dice Bouillaud, deberían ser los generosos defensores de los progresos, de esos á quienes parece reservado el insigne honor de hacer triunfar convicciones laboriosamente formadas, ha adoptado como suya la falsa doctrina y hasta la ha erigido en su convicción.

Hace aún pocos meses ha comenzado á publicarse en esta capital un periódico médico "La Clínica" cuyo propósito (notadlo bien) es *poner al corriente á los médicos y estudiantes de los adelantos que han surgido de la verdadera revolución que actualmente sufre la medicina, y ese periódico en su primer artículo editorial, declara que la anatomía patológica es un ramo de la ciencia médica; que ella (la anatomía patológica) en compañía de la clínica forman la base esencial de toda instrucción médica de algún valor y constituyen la piedra angular de la medicina; que los adelantos de la patología y la clínica son debidos á los estudios anatomo-patológicos, y que merced á ellos contemplamos con orgullo y satisfacción, la distancia inmensa que separa á la medicina de hoy de la medicina antigua; que la anatomía patológica pone en nuestras manos el mejor y más exacto libro, el cadáver, esa grande obra escrita por la naturaleza misma, cuyas páginas sembradas de novedad é interés llevan grabados los misteriosos secretos de la organización.*

¿Puede haberse dicho mayor número de despropósitos en menos renglones? ¿Qué va á suceder con enfermos confiados á quienes profesan como bueno, como científico, semejante credo médico?

Preciso se hace que esta Honorable Academia, grupo de personas destinado al cultivo y adelanto de la Ciencia Médica en México, este cuerpo de profesores el más respetable de su clase en el país, deje oír su voz autorizada en negocio tan trascendental como el que nos ocupa, que inicie, si aún existiese la duda, discusión serena y tranquila de problemas tan im-

portantes, poniendo al fin óbice á la ciencia nociva, ó falsa ciencia, sea patria ó extranjera, que haya nacido entre nosotros ó venido de París ó de Berlín; es urgente también que se enseñe en las escuelas médicas el método de investigar en medicina y la lógica, para que lo primero que sepan los médicos, siquiera entre nosotros, sea á orientarse y á discurrir.

Es necesario procurar el acierto por todos los medios posibles; que vea el público que velamos por su suerte; que vea que damos todo valor á nuestra tremenda cuanto preciosa profesión; que vea que si erramos no es por descuido, ni por falta de estudio, sino porque la ciencia aún no se perfecciona.

SALUS ÆGROTI SUPREMA LEX.

México, Marzo 23 de 1892.

FERNANDO MALANCO.

GEOGRAFIA MEDICA.

Algunos datos de geografia médica de la Municipalidad de Atzacapotzalco.

La palabra Atzacapotzalco formada de *Atzacatl* hormiga, *potzoa* acumular, y *co* lugar, parece que se formó por la gran población que había en estas regiones en la antigüedad. Fué fundado Atzacapotzalco antes de 1168 por Xolotl. Durante mucho tiempo esta población fué la corte de los reyes Tepanecas, quienes tuvieron sometidos á los mexicanos durante algunos años, hasta que Ixcoatl, unido con Netzahualcóyotl, dieron fin á la esclavitud.

La villa de Atzacapotzalco, Cabecera de la Municipalidad de su nombre, se halla en el Distrito de Guadalupe Hidalgo á 10 kilómetros de distancia al Noroeste de la Capital de la República. Se halla rodeada de varias haciendas y pueblos, entre los cuales, los que pertenecen á la Municipalidad, son los siguientes: San Simón, Santa Cruz, Los Reyes, San Lucas, San Bartolo, Santiago, San Andrés, San Sebastián, La Magdalena, Calpatitlán, Xocotitlán, San Juan, San Bernabé, Santa María Ahuizotla,